

Ciò che avrebbe permesso la crisi istituzionale seguita all'elezione di Fujimori.

La sezione dedicata ai partiti democristiani in decadenza si chiude con un ultimo saggio in cui, a mo' di sintesi, l'autore –Scott Mainwaring– argomenta la decadenza della democrazia cristiana in America Latina attraverso l'ausilio di tre ipotesi: quella della progressiva trasformazione dei partiti democristiani da idealisti e programmatici a pragmatici (trasformazione che non sarebbe stata lineale in tutti i Paesi latino-americani e che sarebbe iniziata, generalmente, con la loro ascesa al governo); quella del moderato successo democristiano in America Latina; e, finalmente, quella di una prospettiva elettorale poco favorevole, dovuta principalmente alla debole istituzionalizzazione dei partiti politici in America Latina (di tutti i partiti, in generale) e alla mancanza, più specifica, di un appoggio della Chiesa cattolica a quelli di orientamento democristiano. Nonostante ciò, Mainwaring è dell'opinione che conoscere, in modo approfondito e scientifico, la traiettoria dei partiti democristiani in America Latina riveste certo interesse politico per il contributo che questi stessi partiti hanno dato alla costruzione delle democrazie latino-americane.

Sierra, Luis Antonio, Irlanda. Una nación en busca de su identidad. Madrid, Sílex, 2009, 367 pp.

Por Francisco de Paula Villatoro Sánchez
(Universidad de Cádiz)

Irlanda es probablemente uno de los países europeos que tradicionalmente ha despertado una mayor fascinación entre la sociedad en general por un halo romántico y legendario que la ha adornado a lo largo de las décadas. Esta fascinación, en muchos casos tintada de auténtica admiración por algunos de los rasgos culturales que se le consideran característicos, no ha evitado, sin embargo, que su devenir histórico sea uno de los menos conocidos entre los ciudadanos de los países de Europa Occidental.

En este sentido, aspectos como la legendaria cultura celta, los largos siglos de dominación británica, las diversas penalidades que han asolado a este pueblo, la emigración o la violenta lucha por la independencia han sido jalones en la historia de Irlanda que la han convertido en símbolo y atractivo para muchas

personas. Estos hechos también han marcado, que duda cabe, la actualidad de un país nacido de diversos dramas históricos que se dieron cita en los últimos siglos, creando una realidad nacional traumática y, para muchos, aún irresuelta.

Los resultados de una independencia violenta y una Guerra Civil con un país dividido y diversas comunidades políticas y religiosas enfrentadas no son más que el corolario, ya en pleno siglo XX, de una evolución histórica abrupta y complicada con numerosos agentes externos participando de una realidad heterogénea y desigual a lo largo de toda la isla. Desde la Edad Media, las continuas migraciones de población vikinga, normanda y finalmente británica que se fueron integrando, en mayor o menor medida, bajo un sustrato gaélico no tan homogeneizado como habitualmente se piensa, acabaron por generar tantos proyectos nacionales como comunidades se fueron asentando en la isla.

Precisamente el título de la obra que nos ocupa alude directamente a esta cuestión, si bien el contenido es mucho más amplio y se refiere a otros muchos aspectos y cuestiones. Esta búsqueda de una identidad nacional que satisfaga a todas las comunidades que históricamente se han asentado en su suelo es probablemente el hecho que de una forma más sobresaliente define el devenir histórico de Irlanda, al menos tal y como ha quedado fijado en el ideario colectivo.

De esta forma, la obra se plantea este nudo como hilo conductor de una serie de epígrafes que en el fondo acaban por recoger una síntesis de la historia de la isla desde sus primeros pobladores del Neolítico. En este sentido, la obra se estructura en diversos epígrafes que tratan de analizar esta evolución histórica de una forma diacrónica y abarcando los distintos aspectos que tradicionalmente han caracterizado cada período histórico. Destaca, precisamente, los primeros capítulos en los que se tratan temas tan importantes como la presencia de los celtas en la isla o el influjo de la romanización, desarrollada de forma tardía y tamizada por la labor evangelizadora de la Iglesia primitiva en los siglos III-V.

Esta evolución histórica fija precisamente en estos primeros años de la Edad Media buena parte de los mitos y leyendas que conforman la identidad irlandesa en la actualidad como contraposición a sus vecinos, especialmente los

británicos aunque también el Norte de Francia. Frente a unos territorios romanizados se ofrece la visión de un país no dominado por agentes externos, caracterizado por una cultura celta ciertamente idealizada a partir de los escritos de los autores decimonónicos; y, frente a una Europa sumida en los “tiempos oscuros” de la Alta Edad Media, se ofrece una Irlanda floreciente dominada por los monasterios como centro de saber y una Iglesia cuasi-autónoma que respeta las tradiciones de la isla y se aleja de los defectos y vicios de la Roma papal.

Esta visión de Irlanda, extendida a partir de las obras de los autores románticos y nacionalistas, es matizada, no obstante, por el autor que señala posibles contactos de mayor calado con la Roma imperial y define de forma más precisa el período celta y el proceso de evangelización de la isla, huyendo de muchos de los tópicos a que nos referimos más arriba y construyendo un discurso historiográfico mucho más cercano a la realidad.

Es partir del siglo X cuando la llegada de vikingos y normandos, en procesos migratorios que documentamos a partir de este momento pero que no hacen sino dar continuidad a procesos de mucha más larga duración, cuando el autor se atreve a usar por primera vez el término “colonización” para referirse a la realidad de Irlanda. En este sentido, resulta complicado hablar de colonización en sentido estricto a partir de la experiencia de los primeros normandos en Irlanda, que a la postre no hacen sino completar el poblamiento de la isla en un proceso histórico mucho más amplio. Si es cierto, en cualquier caso, que en estas primeras llegadas de normandos reside la génesis de la posterior ocupación británica de la isla en la que si observamos ciertas características que podemos asimilar más claramente con lo que en historiografía conocemos como “colonialismo”.

Probablemente la parte de mayor valor de la obra sea aquella que se refiere al período comprendido entre los siglos XVI y XIX, pues es en esta fase en la que se desarrollan los conflictos y procesos que finalmente desencadenan en la convulsa Irlanda del siglo XX. Así, las revueltas y procesos de ocupación de tierras desarrollados bajo los mandatos de Enrique VIII y Oliver Cromwell ayudan a comprender como entre los siglos XVI y XVII se desarrolla desde Londres una política sistemática de favor hacia una nueva clase dirigente (“los nuevos ingleses”), leales a la

Monarquía británica, frente a los antiguos señores normandos (“los viejos ingleses”) y todo un grupo de desfavorecidos que en la obra se señalan genéricamente como “gaélicos”, con todas las salvedades que este término puede acarrear.

De esta forma, en un proceso paralelo al desarrollado en otros lugares como Escocia (resulta muy interesante la visión comparativa de ambos procesos que se expresa en la obra), a lo largo del siglo XVIII se consolida toda una clase gobernante de la isla y propietaria de la mayoría de las tierras, leal a la Monarquía británica y frente la que comienzan las primeras revueltas y manifestaciones, en principio con limitada connotación nacionalista (Confederación de Kilkenny en el XVII, Rebelión de 1798).

Es en el siglo XIX donde, junto a la formalización de este dominio con la adhesión de Irlanda al Reino Unido de la Gran Bretaña (1801) se va a conformar el nacionalismo irlandés que protagonizará la larga lucha hasta la independencia definitiva de la isla en 1921. En este sentido, el nacionalismo irlandés, de igual modo al resto de los nacionalismos europeos, se conformará a lo largo del siglo XIX creando una imagen de Irlanda, asentada en principios como los que señalábamos más arriba, que se hunden en un pasado legendario celta y en los siglos dorados de la Alta Edad Media y que había sido dominado y destruido en los últimos siglos a través de las invasiones británicas y, anteriormente, de los normandos, su antecedente. Esta dominación no sólo se expresaba a través de esta visión literaria y cultural, sino que tenía su reflejo en la posesión de la tierra, auténtica piedra de toque de cualquier sociedad poco industrializada como la irlandesa. Así, la concentración de este bien en unas pocas familias británicas como resultado de una política desarrollada desde la época de Cromwell, legitimaba muchas de las aspiraciones del movimiento nacionalista irlandés.

Esta imagen resultó fuertemente poderosa para el pueblo irlandés, a pesar de que las políticas británicas de ocupación de tierras solían perjudicar a antiguos señores normandos (también británicos en definitiva) y no solían afectar a los linajes propiamente irlandeses que se encontraban al margen del control de la economía y la política desde mucho tiempo antes. El asunto de la propiedad alcanzó su

mayor potencial simbólico durante la “Gran Hambruna” de 1845-1850, momento en que sucesivas cosechas de patata se estropearon poniendo en evidencia la fragilidad de la subsistencia de amplias capas de la sociedad irlandesa. Precisamente este hecho será también el detonante de otro de los grandes episodios nacionales irlandeses, la emigración, obligando al trasvase de grandes contingentes poblacionales desde la isla hasta, fundamentalmente, Norteamérica e Inglaterra, ayudando a configurar una visión dramática de la realidad irlandesa y extendiendo su testimonio fuera de sus fronteras.

En este proceso de configuración nacional jugará asimismo un papel destacado la Iglesia católica que se extenderá en estos años como seña de identidad frente al dominio británico (anglicano y baptista) ganando una influencia muy notable en el territorio que aún hoy se hace notar, especialmente a través del control de las instituciones educativas, que mantendrá hasta bien entrado el siglo XX.

Diversos actos violentos se suceden por parte los distintos grupos nacionalistas irlandeses desde la segunda mitad del siglo XIX siendo respondidos por parte de Londres con políticas que alternaban planes de autonomía (“Home Rules”) con acciones represivas hasta el estallido de una Guerra de Independencia tras la I Guerra Mundial y la consecución de la soberanía para la mayor parte de la isla en 1921. En este momento se inicia una Guerra Civil entre los distintos grupos irlandeses en relación con la articulación del nuevo Estado hasta la firma del Acta de la República de Irlanda en 1949. En este proceso, los distintos proyectos nacionales irlandeses, orlados por todas estas características que a lo largo del devenir histórico descrito en la obra se han desarrollado, acabarán desembocando en un conflicto de larga duración en torno al territorio del Ulster, una serie de condados del Norte de la isla colonizados históricamente por grupos de escoceses desde el siglo XVII y que a lo largo del proceso de independencia defenderán un proyecto unionista como medida de defensa de su industria, pero reivindicado no obstante desde el nuevo Estado irlandés como parte integrante de su soberanía.

Los conflictos armados en torno al Ulster llegarán hasta 1998 con la firma del Acuerdo del Viernes Santo con episodios de violencia por todos conocidos, empañando un período de gran desarrollo económico y social en las décadas de

1980 y 1990 que permitirán resarcirse en buena medida a Irlanda de su pasado traumático. Estos avances vendrán motivados especialmente por la integración en la Unión Europea desde 1973 y llevarán a autores como Kevin Gardiner, de una forma ciertamente exagerada, a hablar del “tigre celta” refiriéndose a Irlanda como comparativa del rápido crecimiento económico desarrollado en otros países del Sureste asiático.

La actual crisis económica, según bien señala el autor de la obra, pone en jaque este crecimiento económico, resta saber si hará mella en un proyecto político nacional, para algunos inacabado, fruto de un desarrollo histórico traumático, con episodios ciertamente trágicos, no exento de un aire romántico y evocador deudor del nacionalismo romántico del siglo XIX.

El gran acierto de esta obra radica en la capacidad de sintetizar en unas pocas páginas el continuo conflicto que ha vivido lo que podemos considerar como “el pueblo irlandés” hasta la constitución de un proyecto nacional común. Así, si bien la obra se presenta organizada en una serie de epígrafes desde un punto de vista estrictamente cronológico, su contenido expresa en última instancia los distintos jalones que vertebran este desarrollo. Si bien, en ocasiones, el afán por comprender otros aspectos de la realidad social alejan al autor de esta tesis principal de su obra, su lectura resulta plenamente recomendable para cualquier interesado, no sólo en la Historia de Irlanda, sino en la actualidad de Irlanda y sus países limítrofes por cuanto en muchos de los episodios aquí desglosados se encuentra el germen de buena parte de las problemáticas actuales.

Trapiello, Andrés, *Las armas y las letras. Literatura y guerra civil (1936-1939)*. Barcelona, Ediciones Destino, 2010, 633 pp.

Por Joaquín Piñeiro Blanca
(Universidad de Cádiz)

La guerra civil española de 1936-1939 ha generado una gran cantidad de investigaciones de muy variados enfoques, hasta el punto de convertirse en uno de los asuntos preferidos de la historiografía dedicada a los períodos más recientes. El tema, lejos de agotarse, va propiciando nuevos análisis que abren perspectivas y caminos a la investigación. Este libro contiene, desde mi punto de vista, uno de